



Podría haber sido bailarina, si en la escuela de danza no hubieran pensado que a los catorce años ya era tarde para iniciar una carrera. Podría haberse quedado en una bonita dobladora de anuncios si alguien no hubiese descubierto muy pronto que aquella voz servía mejor a la música que a la publicidad. Con cuatro años Dulce Pontes, nacida en Montijo (Portugal) en 1969, ya cantaba el himno nacional portugués en su casa, situada frente a Lisboa al otro lado del río Tajo. Hija de Lourdes y Tomás, la pequeña Dulce dio sus primeros pasos en los últimos años del salazarismo. Fue introducida en la tradición fadista por su tío Carlos. A los siete años empezó a frecuentar el Conservatorio Nacional de Música de Lisboa, donde cuajó su amor por el piano.

En 1991 ganó el Festival Nacional de la Canción de su país y aquello cambió su vida. Ese mismo año, el de Sergio Dalma y su *Bailar pegados*, representó a Portugal en el Festival de Eurovisión, donde quedó en el puesto 12 con los «ten points» de España. Fue la primera vez que Europa oyó la voz de Dulce Pontes. Desde aquel instante emprende un viaje en busca de una identidad propia, y en esa peregrinación se encuentra inmersa hasta nuestros días. En un primer momento, Pontes se sumerge en las raíces de la música portuguesa, incluyendo el tradicional fado, considerado entonces como algo trasnochado, y consigue reinventar lo que parecía muerto. Como demostrarán los años y los discos posteriores, hace algo más que repetir lo que ya está hecho. Su voz luminosa no cabe en ningún estilo que la limite, no conoce fronteras. Por eso parece simplista reducirla a etiquetas como la de «sucedora de Amalia Rodrigues» o simplemente fadista. Su voz y su forma de interpretar constituyen un género propio que navega por cualquier sonoridad que se cruce en su camino.

Andrea Bocelli, Kepa Junkera, Estrella Morente, Ennio Morricone, Simone y Caetano Veloso... El arte de estos grandes se ha entremezclado con el de esta portuguesa de mirada transparente y sonrisa pronta que arde siempre en deseos de aprender de los que le rodean y a los que admira. El mundo entero se ha rendido a sus encantos y ella corresponde a su público regalándole cada cierto tiempo con nuevos descubrimientos cuajados en su taller de artesana de melodías.

El día en el que la creatividad se seque emprenderá el camino de vuelta para enseñar a otros tanto como ella ha recibido de la vida. Hasta la fecha en que llegue ese retiro soñado —que imagina en una casa de campo, con huerto, gallinas y un piano— nos seguirá deleitando los oídos y el corazón con una voz privilegiada que se modula en infinitos niveles desde la susurrante intimidad a unos cielos vocales abiertos que parecen no encontrar límite. Por todo eso, por mucho más, Dulce Pontes ocupa sin duda un espacio propio en la historia de Portugal y de la música universal.